



Carles Cortès. Autotraducción

### (REBECA-SARA: 'LA VIE EN ROSE')

Te lo mereces. Un buen masaje. Una buena compañía a tu lado. Porque cualquier edad es buena para estas cosas. Gabriel, 25 años, te espera. Hazte un regalo. Dale una alegría a tu cuerpo de mujer. Muy cerca: 816 922 923.

Han pasado cinco años. No podías imaginar cómo ese anuncio iba a cambiar tu vida. Por eso has decidido viajar, para alejarte del mal, de la angustia que has sufrido durante todo este tiempo. Te gusta este país donde el sabor del chocolate es mejor, más dulce, más aromático, más sensual... Dos espacios: Suiza, donde te encuentras, y tu tierra, donde empezó todo... *Te lo mereces*, el anuncio. Aún conservas el recorte de prensa dentro de la caja roja en la que has metido el pañuelo blanco. Tus recuerdos... ¡La nota con la que Ismael hacía publicidad de su cuerpo! Con un nombre muy angelical, ¡Gabriel! La misma sílaba final... Ismael, Gabriel, dos nombres, dos personalidades. ¡Qué nota tan inocente! *Te espera*. Y no quisiste dejar pasar más tiempo. Aquella misma tarde, después del café en la plaza Nueva, bajo las buganvillas, cogiste el móvil y lo llamaste. Habías leído el anuncio en la sección de contactos del periódico local. Sujetabas el teléfono con seguridad: mantenías la calma. A pesar de todo, esperabas que no hubiera nadie en las mesas de al lado, que no escucharan la conversación que te disponías a tener. Con una pose firme, con las gafas de sol encajadas en la nariz, pronunciaste su nombre

suavemente. Lo recuerdas. *¿Gabriel? ¿Eres tú?* La brevedad de su respuesta. *Sí.* La anticipación de sus palabras te aportaron firmeza y seguridad en ti misma. *¿Llamas por el anuncio?* Preguntaba el joven. *¿Cómo pudo saberlo tan pronto aquel chico, si no le habías dicho nada? Sí. Lo he visto en el periódico, hoy mismo.* Se hizo un breve silencio con el cual temías acabar la conversación telefónica, pero al final te decidiste. *Quería quedar contigo.* Y de nuevo se hizo el silencio. Él se adelantó. *¿Dónde quieres que quedemos?* Tú reaccionaste con brusquedad. *Quiero que vengas a mi casa. Bueno, no es exactamente mi casa. Estoy de paso, es la casa de unos familiares.* No sabías **por qué**, pero habías mentido; tu casa era tu casa, y de nadie más. Te daba un poco de miedo pensar que un desconocido transgrediera el lugar dónde vivías. Era más cómodo para ti decir que estabas de viaje, que era la casa de algún primo... *¿Cuánto me cobrarás por...?* La voz del joven se cortó. *¿Quieres sólo un masaje?* Te sorprendió aquella posibilidad que no habías contemplado. *También, primero un masaje. Después ya veremos.* El Gabriel del anuncio te había entendido perfectamente. *Muy bien, preciosa, ¿cuándo quieres que quedemos? Si quieres nos podemos ver ahora mismo.* Dudaste. Querías decir que sí y no te salieron las palabras. No sabías qué debías hacer, cómo reaccionar. Por supuesto, era la primera vez que te decidías. Y sin saber de qué manera, tu boca articuló unas palabras que emergían desde la profundidad de tu deseo de mujer más latente, de mujer que necesita un macho, como sea... *Ahora no, no puede ser. A las 10... A las 10 de la noche.* Pensaste que así podrías preparar la casa para la visita esperada. Además, necesitabas algo de tiempo para estar contigo misma. Asimilar lo que te disponías a hacer; saborear los momentos previos, de impaciencia, de imaginación, de curiosidad, de espera, de excitación, de deseo en aumento. La confluencia de estos factores para preparar tu cuerpo para la nueva experiencia.

*¿Cómo te llamas?* Una voz cálida que preguntaba por tu nombre. *Rebeca.* Una segunda mentira, otro nombre distinto del tuyo, Sara. *¿Y si me conoce? ¡Qué vergüenza, Dios mío! Mejor que no sepa quién soy realmente.* El chico respondió con plena naturalidad. *Muy bien, Rebeca, dame tu dirección.* Le dijiste dónde le esperarías. Te confirmó el precio que tendrías que pagar por dedicarte una hora. Te pareció razonable. *¿Tienes teléfono fijo en casa? Necesito confirmar la cita, por seguridad,* te dijo. Te pareció extraño. Tampoco querías que descubriera que la casa donde vivías era realmente la tuya. *No hay. Mis familiares no pasan mucho tiempo en casa. Tienes mi móvil. ¡Tiene que haberte aparecido en la pantalla!* El joven se conformó. *¿Por qué tendría que querer mi número? Seguro que se había dado cuenta de que era la primera vez que hacías uso de un*

servicio de estas características. ¡Qué vergüenza, Sarita! Pulsaste con fuerza la tecla que cortaba la comunicación. Este era tu estrategia: una tal *Rebeca*, que estaba de paso por esta ciudad, había quedado a las 10 de la noche con un tal *Gabriel* en casa de sus primos para recibir un masaje y alguna cosa más. Esta era la conclusión de la llamada. Sólo tenías que esperar a que llegase la hora. Con lo lejos que queda todo y aun recuerdas el traqueteo de los latidos del corazón. Parecía que te fueran a perforar las costillas y la piel y se te fueran a salir. Todo tu cuerpo sentía las pulsaciones más íntimas del sexo hambriento que percibía que en pocas horas podría recuperar parte del tiempo perdido. Sentiste una intensa punzada en tu coño. Una sensación sublime, Sara, deliciosa.

Tu casa, tres calles más allá de la plaza Nueva, es un ático de sesenta metros cuadrados, con una estufa de leña para el invierno, y con una gran terraza para el verano, llena de hortensias que durante los meses más fríos se encuentran latentes, como tu deseo de hombre en aquella tarde en la que llamaste a Gabriel. Un jardín en el centro de la ciudad. Porque, incluso en los meses más gélidos, siempre has tenido flores: los geranios, las petunias, los crisantemos, las margaritas y las rosas. *En esta ciudad siempre hace buen tiempo para las plantas*, le dices siempre a las personas que se sorprenden cuando ven tu terraza repleta de flores. Aquella tarde del mes de enero, también hacía sol; por eso habías pensado que hacer aquella llamada era más sencillo fuera, en la calle. Y en la plaza Nueva, en el bar que tanto te gusta, habías decidido tomar un café y consumir la acción que, desde aquella mañana, se te había pasado por la cabeza y, evidentemente, por la entrepierna. Con el sol que traspasaba entre las buganvillas entrelazadas de la pared que sirve de separación entre la cafetería de al lado, te decidiste por aquel anuncio que parecía ser el más sugerente. *Va dirigido a mujeres mayores, como yo. A este chico no le estorbaré. Él tiene que saber que, nosotras, las maduras, también tenemos necesidades...* El deseo eclipsaba la racionalidad de tu pensamiento. La fuerza de la ilusión, de la esperanza, puede llegar a ser inmensa, extensa, como una gaviota que planea sobre las grandes superficies marinas. Volabas por encima del horizonte, de todos los recuerdos pasados que te habían agitado las ganas de vivir. Te sentías distinta, como una mujer nueva; por eso, durante toda la mañana habías estado repasando, de manera inconsciente, las tres páginas de la sección de contactos y, finalmente, te habías decidido. Te sorprendió la gran cantidad de anuncios: no sabías que hubiera tanta oferta de servicios, digamos, *especiales*. En un principio, dudabas de que una hembra de tu edad pudiera beneficiarse de este tipo de anuncios. Pensabas que sólo los hombres casados

recurrían a este tipo de servicios. Estabas segura que la insatisfacción con sus esposas y el deseo de compartir la cama con una persona desconocida era la base lucrativa de esos negocios. Tu caso era distinto, buscabas un hombre que hiciese brotar tu juventud. Estos son tus recuerdos, entre los que surgen las canciones de Édith Piaf, siempre, *Adieu mon coeur*, *C'est merveilleux*, *Hymne à l'amour*, *Il pleut*. Unos títulos que encabezarán las partes de esta historia, la tuya, a medida que hablemos a los personajes que envuelven tu existencia. Sientes cómo llueve, dentro de ti, a tu alrededor; es tu placer, tu presente. Llueve más allá de las montañas que atisbas en tu pensamiento, como un ave que planea hasta la línea del horizonte, tierra adentro. Así vuelas hasta las postrimerías de la vida. Construyes tu propia vida, el enigma que hay que resolver.